

MARTÍNEZ DE NAVARRETE, FRAY MANUEL DE (1768-1809)

LAS FLORES DE CLORILA

ODA I

Dedicadas a Fileno (Fr. Vicente Victoria)

PROLOGO

¿Quæris unde mihi roties scribantur amores?
¿Unde rrus veniat mollis in ore fiber?
Non hoc Caliope, non hoc mihi cantat Apollo;
Ingenium nobis ipsa puella facit.
–PROPER. Lib. It. Eleg. I.

(Traduceiots libre)
¿Preguntaras acaso,
lector, si en mis acentos
tienen parte los dioses
que cuidan de los versos?

Respondo que ninguna,
sino que el rostro bello
de una hermosa muchacha
ha templado mi ingenio.

Clorila, si, Clorila,
la pastora que quiero
inflama mis versillos
con su amoroso fuego.

¿Para que son de Apolo
inspirantes reflejos,
si me influye mis suave
la luz de sus ojuelos?

¿Pues que si de sus labios,
de sus labios risueños
la sonrisa imagino?...
Heliconas no quiero.

Lejos de mi el Parnaso,
que ya para hacer versos,
si, lector mio, a Clorila,

a Clorila me atengo.

I

Los versillos sabrosos
que cantaba a Clorila,
zagala del ameno
valle de las olivas,

Alegres producciones,
fueron de aquellos días
que entre gustos se pasan
cual sombras fugitivas.

Hoy a su rudo labio
mi mesa campesina
los vuelve, acompañados
de su avena festiva.

Escucha pues, Fileno,
en dulces cancioncillas,
amores inocentes
de Silvio y su Clorila.

Como en un ramillete
advierte en esta obrilla,
las mis preciosas flores
que los tiempos marchitan.

¡Ay, edad halagüeña!
huyeron tus delicias,
sin dejarme otros frutos
que punzantes espinas.

Espinas, ¡ay, Fileno!
que en la restante vida,
el corazón me pasan
y el contento me quitan.

¡Ay, agradables ratos,
cuando a la verde orilla
de una fuente risueña
estaba con Clorila!

¡Cuando a la fresca sombra

de robustas encinas,
cantábamos iguales
mil amorosas dichas !

¡Ay, hermosa muchacha
la memoria afligida
exprime por los ojos
estas tristes reliquias!

Como quiera que sean
estas flores, o espinas,
a tus aras, Fileno,
mi afecto las dedica.

Allí estarán honrando
nuestra amistad antigua,
que durará, no hay duda,
mas allá de la vida.

II

Como yo cuando canto
del pueblo me retiro
al silencioso bosque
de cedros y de pinos;

O a la orilla agradable
de los sonoros ríos;
o al valle donde pacen
mis mansos corderillos;

Seguro me contemplo
de censores malignos,
que por las propias obras
juzgan ajenos dichos.

Heme de holgar ahora
con algunos versitos,
que a Clorila cantaba
allá cuando era niño.

Sus flores, o sus gracias,
que todas son lo mismo,
cantar quiero. Tu flauta
me presta, oh Cupidillo.

Si, Cupidillo tierno,
muy mole, muy blandito
me inspira, que no me oyen
los censores malignos.

Así te ofrezcan dones
Chipre, Amatunta, Gnido,
todo el mundo: ¿pues dónde
no te hacen sacrificios?

Ni el joven floreciente,
ni el anciano marchito,
se desdeñan de darte
culto no merecido.

A los ardientes soplos
de tu madre, yo he visto
que en tus aras se queman ...
rubor me da el decirlo.

Basta, amor: lo que importa
es que con blando estilo
me inspires, que no me oyen
los censores malignos.

Despierta en mi memoria
los sabrosos versillos
que a Clorila cantaba
allá cuando era niño.

Mas de modo que siendo
de mi Clorila dignos,
lo sean también de todos
los honestos oídos.

III

Por la margen de un río
que mansamente corre,
la zagala Clorila
cogiendo estaba flores.

Una le pido, y ella
tan inocente entonces,

a escoger de las que echa
en sus faldas me pone.

Su confianza respeto;
mas entretanto diome
palabra de ser mía
en lícitos amores.

Pasó el verano; vino
el otoño; y conformes
fueron siempre los frutos
a sus honestas flores.

Aprended, zagalejas,
y vosotros, pastores,
a disfrutar placeres,
que no son los de Dione.

IV

Un grupo delicioso,
por natural milagro,
de entretejidas flores
formó el ameno prado.

Entróse allí Cupido
a descansar un rato
de aquellas travesuras
ajenas de un muchacho.

De los pequeños hombros
baja el carcaj dorado,
y en el florido lecho
se entrega al sueño blando.

Como otras ocasiones
salió Clorila al campo,
a engalanar su frente
con lo mejor del mayo.

I;cha mano del grupo,
donde dormido acaso
estaba el hijo hermoso
de Venus muy amado.

¡Quién creyera! ya fuese
por voluntad del hado,
o por otra cualquiera
hechura del acaso!

Entre claveles rojos,
y entre jazmines albos,
no sé cómo, enredóse
el diosezuelo incauto.

Las alas temblorosas
bate el rapaz cuitado,
para quedar asido
más y más con los lazos.

Admirada Clorila,
suspensa estuvo un rato;
pero luego entreteje
al amor con los ramos.

A su frente lo lleva,
y el amor, más ufano
que si la misma Venus
lo pusiera en sus brazos,

Desde allí a los pastores
que coge descuidados
les dispara sus flechas,
que son ardientes rayos;

Pues yo, que a tu guirnalda
la estoy siempre mirando,
y vengo a ser por esto
de amor el mismo blanco,

¿Cómo tendré este pecho,
Clorila? Con mil dardos
lo siento: sí, Clorila,
lo siento atravesado.

¡Ay! suelta al picarillo,
y a la alma Venus dalo,
que menos que en tus flores
hará en su seno daños.

¡Ay! suéltalo, Clorila,

que viejos y muchachos
se quejan en la aldea
de su fogoso estrago.

V

Calle la fama ahora
de Chipre, y no me diga
que sus alegres huertos
ofrecen mil delicias.

El huerto compendiado
de mi bella Clorila,
contiene menos flores;
pero de más estima.

Cuando estoy asaltado
de negra hipocondria,
me brinda mil placeres
en estas flores mismas.

Claveles en sus labios
de púrpura encendida,
en sus ojuelos yedras,
rosas en sus mejillas.

¿Qué dices, Venus blanda,
del huerto de Clorila?
¿Son así o se parecen
tus chipriotas delicias?

¡Qué distancia tan grande,
oh Venus, se divisa
entre unas y otras flores,
aunque to to resistas!

Aquellas aparecen
con agudas espinas;
pero éstas, aunque gratas,
son de honestas delicias.

Si, Venus; y te juro
que a pesar de tu envidia,
no se ajarán las flores
de mi amada Clorila.

VI

Con otras zagalejas,
un día de verano,
por modo de paseo,
salió Clorila al campo.

Cuando daban la vuelta,
traían en las manos
hacecillos curiosos,
de flores matizados.

Sobre las rubias trenzas,
que el aire iba soplando,
se ostentaban las rosas
que habían entrelazado.

Dispuso la fortuna
que yo saliera al paso
Clorila diome luego
un muy gracioso ramo.

Ramo que había sido
lisonja del olfato,
émulo de los otras,
y honor ya de mi mano.

Algunos pastorcillos
que supieron el caso,
su inocencia y mi dicha,
gruñeron y ladraron.

Alas yo digo a Clorila
¿cuándo vuelves al campo
con otras zagalejas
un día de verano?

VII

Esas que los zagales
llamamos chupa-rosas,
tras tu guirnalda vuelan,
Clorila, a todas horas.

Algunos pastorcillos
émulos de mi gloria,
andan también como ellas
al olor de sus rosas.

A todos los desprecia;
porque estos y las otras,
son por rumbos opuestos
hambrientas chupa-rosas.

VIII

De su guirnalda misma,
y con su misma mano,
Clorila en mi sombrero
puso el más bello ramo.

Traía acaso entonces
un hermoso durazno,
agradable primicia
del huerto que yo labro.

Díselo; y ella luego
lo echó en su seno blando,
en señal cariñosa
de merecer su agrado.

De este modo Clorila
advierte que su mano
no cultiva la tierra
de algún estéril campo.

No faltó quién dijera
que los lances trocamos;
pero si bien lo dijo,
no lo sé, ni lo indago.

Sólo sé que en mi pecho
sentí un placer extraño;
pero tan dulce y vivo que.. .
no podré explicarlo.

Por esto a mi Clorila
le digo cada rato

dame flores, Clorila,
y te daré duraznos.

IX

Sobre la blanda yerba
de una selva florida,
sus párpados al sueño
entregaba Clorila.

La celestial fragancia
de su cara divina,
un enjambre de abejas
convoca a toda prisa.

Cuál se pega a los labios,
y quién a las mejillas,
por dar a sus colmenas
de tan sabroso almíbar.

Clorila que despierta
y tantas abejitas
fueron luego despojo
de sus divinas iras.

A vista del suceso,
que a todos intimida,
en rústicas zamponas
no hay zagal que no diga

*Que el amor liba solo
las flores de Clorila;
y para Silvio, y no otro,
sus panales fabrica.*

X

En pos de to guirnalda
estoy, Clorila, viendo
mil simples mariposas,
mil tiernos zagalejos.

¿Cuál es mayor, discurre
por contrarios extremos,

si de aquéllas lo incauto,
o la malicia de estos?

Si respuesta acertada
me dieres, te prometo
un cabrito manchado,
que aun no asoma los cuernos.

XI

Ajar las tiernas flores
de mi dulce zagala
quieren pastores necios
con maliciosa instancia;

Pero aunque ellos parecen
pajarracos que graznan,
cuando viles no ensucian
las florees que intentaban.

Yo, como centinela
de sus flores amadas,
advierto que su dueño
con recato las guarda.

Y al instante cogiendo
la honda necesaria,
a los pájaros bobos
les tiro esta pedrada:

*Aves de mal agüero,
mil veces mal os haya;
y que os sean como espinas
las flores de mi amada.*

XII

Un sueño misterioso,
dulce Clorila, atiende,
me lleva por un prado
de flores muy recientes.

Hacer una guirnalda
allí se me previene,

mas ¡ay! que un áspid sale
de entre el florido albergue.

Grito, corro; y el susto
del letargo me vuelve
y ya despierto, acaso
será bien que te ruegue

*Que no me des motivo
jamás porque me queje
de los sueños, que pintan
entre flores serpientes.*

XIII

Un ramillo de flores
lleva en su pecho blanco
la zagala que adoro,
muchacha de quince años.

Al olor que despiden
las joyuelas del mayo,
síguenla los pastores
que encuentra por el campo.

Cércanla como abejas,
pero vamos al caso,
todos huelen las flores;
mas nadie lleva el ramo.

Yo, que detrás de todos
me divierto mirando,
al enjambre inexperto
este versillo canto

Apartaos, zagalejos,
Clorila me ha contado
que a sus flores no llegan
insolentes muchachos.

XIV

Como nunca de hermosa,
la zagala Clorila

se presenta a mis ojos
haciendo florecitas.

Ya construye una rosa
que emula sits mejillas;
ya una Blanca azucena
que sit candor imita.

Ya un clavel cuyas hojas,
según su roja tinta,
parece que salieron
de sus labios teñidas.

El azul de sus ojos
en una yedra tira...
Yo creo que mi zagala
se retrata a si misma.

Así que ha completado
su producción florida,
de su rubia madeja
se desata tina cinta.

Una guirnalda teje,
v con su mano misma
ciñe mi alegre frente,
por coronar mis dichas.

En la estación risueña
no sale a las campiñas
más galán el verano
a expensas de su ninfa,

Como yo, zagalejos,
me presento a la vista
de toda la cabaña,
por mi amada Clorila.

Ayudadme, pastores,
a celebrar mis dichas,
y al son de nuestras flautas
conmigo todos digan

*¡Ay zagaleja hermosa!
tu Silvio te suplica,
que con tus bellas flores*

otra frente no ciñas.

XV

Un niño pequeñuelo
con inocente mano
jugaba con las flores
de un delicioso prado

Así se divertía,
y con gorjeos blandos
engañaba del tiempo
algunos tristes ratos.

Mas ¡ay! furiosos vientos
que corren desatados,
deshojando las flores
te privan de su encanto.

Llora el niño... y entonces
viendo que es un retrato
de amor, delicia, ofensa,
todo lo que ha pasado:

*Te ruego, mi Clorila,
que de algún fiero agravio
no deshojadas sean
las flores que yo canto.*

XVI

Auséntase Clorila,
y en este mismo instante
que es de todas mis dichas
el triste último vale.

Mi corazón, si puedo
de este modo explicarme,
como el campo se queda
cuando el verano sale.

*Adiós, digo, Clorila:
y pues contigo parten
las flores que conmigo*

no permiten quedarse,

*Te pido las defiendas
del invierno que sabes,
no con un torpe hielo
vayan a marchitarse.*

Ella me lo asegura,
con aquellos modales
que su dulce inocencia
tiene para estos lances.

Y mientras que no vuelvan
las flores de mi amante,
estése mi cañuela
pendiente de este sauce.

Y el hijuelo de Venus
que dictó estos cantares,
la mas amarga ausencia
a llorar me acompañe.

ODA VII

EL VERANO

Oh que alegre estación la del Verano,
que brinda flores por el Verde llano!

Se foe el invierno
áspero y triste;
sus galas viste
el campo tierno;

Los mansos vientos
soplan suaves,
cantan las aves
dulces acentos;

Las fuentecillas
vienen corriendo,
salen riendo
las florecillas.

¡Tierra dichosa!
si a ti viniere
Anarda, y viere
t-a pompa hermosa,

Pon en su frente
ramo vistoso,
el mas gracioso
y floreciente.

Oh si viniera
al Verde llano!
dulce Verano,
la persuadiera

a sentarse en la alfombra de estas flores
al lado del zagal, que es sus amores.

EL ESTIO

De doradas espigas coronado
el Estio se asoma en el sembrado.

Ya se preparan
las labradoras;
haces empuñan,
las mieses cortan.

De la alma Ceres
que el campo adora
tiran los bueyes
grandes carrozas:

Alegre canta
la vega toda;
¡Salve! le dice
con voz sonora.

Trojes se llenan,
eras se colman,
y huyen las hambres
de nuestras chozas.

Anarda, Anarda,

bajo estas sombras
a Pan le deja
tus cabras gordas.

Mientras que al baile
vamos ahora
de la cosecha
verás que gloria.

Verás los ricos granos con que el cielo
ha socorrido al miserable suelo.

EL OTOÑO

Mira, Anarda, al Otoño, qué cargado
de frutos viene a nuestro suelo amado.

Aquí to sienta,
zagala mía,
do alfombra te hacen
las yerbecitas.

Mira, ya vienen
las gratas ninfas,
que de Pomona
el huerto aliñan.

¡Cuán aseadas
sus canastillas
colmadas traen
de frutas ricas!

¡Uvas qué gruesas!
peras ¡qué lindas!
Mira ¡qué hermosas
están las guindas!

¡Eh! ¡qué manzanas
tan encendidas!
¡y qué naranjas
tan amarillas!

Gustemos ambos
sabrosas dichas,
que en tantos dones

el cielo envía.

Y nuestra voz se eleva al numen santo,
que en el Otoño nos regala tanto.

EL INVIERNO

Llega del año la estación severa,
y de la tierra toda se apodera.

Nublado el cielo,
mudas las aves,
los hielos graves,
y mustio el suelo,

Nuestro ganado
de temor lleno,
busca entre el heno
su abrigo amado.

¡Qué poco, Anarda,
el gusto dura,
pues la amargura
tras él no tarda!

¿Dó están las flores
de primavera?
¿dó la ligera
edad de amores?

Nada resiste
la ley del tiempo,
ni el contratiempo
del hado triste.

¿Pues qué esperanza
ahora abrigamos,
por si llegamos
a tal mudanza ?

La virtud solamente, Anarda mía,
puede valernos en la vejez fría.